



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**LA TINTA EN EL MURAL.
(LA CRÍTICA POLÍTICA Y CULTURAL DE JORGE
CUESTA A LOS NACIONALISMOS DEFORMANTES.)**

**INFORME POR ARTÍCULO ACADÉMICO
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

PRESENTA
VÍCTOR HUGO LOZADA ILLESCAS

ASESOR: DR. HORACIO CERUTTI GULDBERG



CIUDAD UNIVERSITARIA

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres y
mis hermanos

Agradecimientos

Al maestro Horacio Cerutti Guldberg, quien me honra con su magisterio.

A mis sinodales: Blanca Rodríguez, Eugenia Allier y Andrés Kozel, por sus atentas sugerencias para este trabajo.

A Carlos Tur, notable maestro, amigo y crítico de este trabajo.

Agradezco las distintas aportaciones de Armando Volterrani, Armida Souberville, Asami Gómez, Carlos Mendoza, Cletus Barié, David Acevedo, Francesca Gargallo, Guadalupe León, Gustavo Ogarrio, Héctor Salazar, Higinio Pintado, Jorge Vargas, Luis Sánchez, Marcos Herrería, Marlon Berlanga, Mónica Villa, Nahuatzen Ávila, Oliver Santín, Pablo Fernández Christlieb, Patricia-Eleazar, Roberto Machuca, Roberto Medina, Ulises López y a los integrantes del Boistyk FC. Todos ellos me privilegian con su amistad.

La tinta en el mural.
(La crítica política y cultural de Jorge Cuesta
a los nacionalismos deformantes.)

Presentación

Pag. IV

I: El intelectual y su tiempo

Pag.2

II: Crítica la pasión nacionalista

Pag. 29

III: Un liberal en la época de oro del corporativismo mexicano

Pag. 39

Bibliografía

Pag. 49

Presentación

Este trabajo se presentó en el III Concurso de Ensayo del Colegio de Estudios Latinoamericanos en la UNAM. El tema y algunos pasajes fueron retomados de mi investigación de tesis “Contra los nacionalismos deformantes (la crítica política y cultural de Jorge Cuesta”, bajo la dirección del maestro Horacio Cerutti Guldberg.

Xavier (Villaurretia) atenuó después su antiespañolismo, no su impaciencia ante la actitud de nuestros gobernantes. Un día durante un pequeño viaje que hicimos a Jalapa, se explayó: “No estoy -¿cómo podría estarlo?- en contra del asilo a los perseguidos políticos. Tampoco estoy en contra de que se les ayude. ¿Y cómo podría negar que muchos de los intelectuales refugiados son gente de mérito y que es benéfica su presencia entre nosotros? Lo que me irrita es el trato de favor que nuestros semiletrados gobernantes conceden a extranjeros mediocres, españoles o de otras nacionalidades, mientras desdeñan a tantos mexicanos distinguidos. No profeso ninguna ideología política pero me gustaría que nuestro gobierno practicara un nacionalismo inteligente, es decir, que ayudase y estimulase a los mexicanos inteligentes” Le respondí que postulaba una imposibilidad lógica: un nacionalismo inteligente. No le gustó mi respuesta.

Octavio Paz, “Xavier se escribe con equis.”

.....veo necesariamente la naturaleza mexicana de su poesía en la personalidad que consigue, en el aislamiento que se construye, por decirlo así, en su “desarraigo”. No desconoce usted mi “teoría”, según la cual somos nosotros, a quienes se nos llama desarraigados, los verdaderamente mexicanos, ya que no hay más mexicano que estar “desarraigado” y vivir en un aislamiento intelectual. Es el sentimiento colectivo lo que nos despersonaliza y nos convierte en extranjeros respecto de nosotros mismos.

Jorge Cuesta, “Carta a Bernardo Ortiz de Montellano”

Jorge Cuesta

I. El intelectual y su tiempo

Mi acercamiento de lector a Jorge Cuesta ocurrió al poco tiempo de mi ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras y, desde entonces, el contacto con su trabajo intelectual ha significado un constante aprendizaje. A través de distintas antologías de poesía supe de su compleja personalidad. Intrigado por opiniones divergentes, exageradas y contradictorias, mi interés creció. Procedí a la lectura de sus poemas. Los sonetos y “Canto a un dios mineral” (1942), me permitieron comprobar el rigor de su conciencia artística, así como su lucidez encerrada en sus propias paredes (formas) poéticas. De inmediato comprendí que una interpretación íntegra de su obra poética implicaba un esfuerzo de largo aliento, de insistentes aproximaciones.

Tiempo después, una serie de trabajos relacionados con la política y la cultura me llevaron a la revisión de los ensayos de Cuesta. También leí varios escritos sobre su persona (recuerdo, en particular, unas notas escritas por Xavier Villaurrutia a propósito de su fallecimiento). Su obra ensayística me reveló a un autor atento a las complejidades de su sociedad. De modo distinto al de su trabajo poético, los ensayos me deslumbraron. Es difícil dejar de mencionar las principales cualidades que distinguen esos escritos de Cuesta: su impecable inteligencia, el alcance de sus estrategias de análisis y una constante

preocupación por la moral pública. El siguiente trabajo deriva de ese afortunado acercamiento.

Uno de los aspectos fundamentales en la obra de Jorge Cuesta es su interpretación de los nacionalismos. Por eso este trabajo pretende centrarse en su pensamiento político y cultural. Las ideas de Cuesta ayudan a estudiar tendencias, manifestaciones y repercusiones de los nacionalismos modernos. Su mirada ejerce una crítica de una admirable actualidad. Su testimonio permite establecer conexiones entre la política, cultura e ideologías de su tiempo. Por esta razón, el escenario histórico de este trabajo es México en la primera mitad del siglo XX. El sentido de este ensayo es el siguiente: pensar la ideología nacionalista a partir de su desenvolvimiento histórico.

La lectura del escritor y científico Jorge Mateo Cuesta Porte Petit (1903-1942), brinda elementos de análisis para discutir el porvenir de los nacionalismos en América Latina. Su pensamiento crítico “con conciencia clara de la relatividad de toda perspectiva”, tiene la facultad de analizar el sentido de los programas y discursos nacionalistas, así como el modo en que afectan la dinámica de las instituciones públicas.¹

¹ Jorge Cuesta, “Diego Rivera”, (sin fecha) en: *Poemas, ensayos y testimonios*, t. V, México, UNAM, 1981, p.27.

Una interpretación del nacionalismo como la de Cuesta es significativa por su independencia moral; por asumir las exigencias y responsabilidades de un intelectual moderno. Según el escritor palestino Edward Said, el intelectual “es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público.” Said realiza una teoría de la legitimación de los intelectuales públicos; ésta coincide con el comportamiento político y moral de Cuesta. En esa línea de análisis, el intelectual es un personaje público obligado a sujetarse a una responsabilidad social. Entre las obligaciones que acreditan a los intelectuales existe una fundamental: buscar, ante las diferentes presiones políticas, independencia ante el poder. Su capacidad para desarrollar distintos grados de autonomía, tomando en cuenta su vasto campo de actividades profesionales, determina la posibilidad de construir lenguajes que dialoguen críticamente con los poderes políticos y económicos. Su condición de personalidades críticas los compromete -al sujetarse a una coherencia moral, política y cultural- a denunciar injusticias de cualquier naturaleza (por ejemplo, el ataque arbitrario de un país contra otro más débil o los casos de abusos contra una minoría determinada en cualquier nación, rebasando los convenios internacionales.)²

Said señala que un intelectual laico no reconoce dioses a quienes servir “y de los cuales no puede obtener orientaciones seguras”. El intelectual desempeña

² Edward Said, Representaciones del intelectual, Barcelona, Paidós 1994, pp. 29-30.

sus funciones en un medio de intereses especiales. En tales circunstancias, el autor de *Cultura e imperialismo* sugiere un patrón universal para revisar la conducta de los intelectuales. Propone que la clase intelectual, a pesar de representar o estar sujeta a una serie de intereses, debería ser la primera en cuestionar el nacionalismo patriótico, el pensamiento corporativo, las ideologías de superioridad clasista, racial o sexual.³

En este sentido, Jorge Cuesta cumple su función intelectual notablemente. Su crítica ofrece visiones alternativas a los estereotipos y visiones reduccionistas ofrecidas por el nacionalismo de su tiempo. En su obra se aprecia un constante esfuerzo por cuestionar los excesos de la ideología nacionalista. La responsabilidad intelectual lo obliga a denunciar el debilitamiento de las garantías individuales y el carácter antidemocrático de los gobiernos revolucionarios en México. Por estas razones, a través de sus ensayos y trabajos de opinión periodística podemos observar una inusitada construcción de independencia intelectual. A pesar de la omnipresencia del Estado, Cuesta se resiste a asumir la retórica oficial; opta por criticar al poder político y su nacionalismo.

Con respecto al consenso sobre la identidad grupal o nacional -escribe Said-, la tarea del intelectual consiste en mostrar cómo el grupo no es una entidad natural o de origen divino, sino una realidad construida, manufacturada e incluso en algunos casos un

³ Gabriel Zaid sostiene que la función del intelectual es generar opiniones e ideas de interés general, no solamente de asuntos especializados. Dice que los intelectuales son aquellas personas que hacen lo mismo que los taxistas y peluqueros, pero con la atención y el respeto de las élites. ("Los Intelectuales", en: *Vuelta*, México, num. 261, agosto-septiembre de 1998).

objeto inventado, con una historia de luchas y conquistas tras él que a veces es importante explicar.⁴

En el momento que Cuesta se dispone a debatir con los ideólogos oficiales, no cuenta con abundantes ejemplos inmediatos en la defensa de las libertades individuales y en la crítica a los nacionalismos. Su crítica no proviene de la tradición liberal decimonónica, aunque hay indicios de que conoce la obra crítica de Ignacio Ramírez “el Nigromante”, quien “de un claro espíritu crítico no podría (sic) separar una confusa alma romántica”, ni tampoco de clásicos del liberalismo europeo. Su liberalismo es muy particular, proviene más de una defensa la libertad artística ante las presiones del estado, posición representada por un notable sector de la intelectualidad francesa contemporánea. Después de analizar a Cuesta como lector de Nietzsche, Christopher Domínguez sostiene la tesis más sólida respecto de sus influencias críticas:

Cuesta contrae una responsabilidad ante la opinión pública, o ante el príncipe, pero siguiendo la tradición de la *Nouvelle Revue Française*, cuyos delgados tomos blancos devoraba nuestro crítico desde el fin de la Gran guerra. Esa tribuna, la de André Gide, Julien Benda, André Suarès o Paul Valéry, tan variada políticamente, no fue jamás una escuela sofística. La *Nouvelle Revue Française* nació y creció para combatir a la Francia “bizantina” del decadentismo finisecular, pretendiendo la formación de un espíritu europeo en cada uno de sus lectores. Cuesta fue discípulo de esa Orden ecléctica cuyas constituciones se basaban en la responsabilidad ética ante la universalidad.⁵

⁴ Edward Said, *op. cit.*, p. 48.

⁵ Christopher Domínguez Michael, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana en el siglo V*, México, Era, 1999, p. 286. Para un análisis más detallado de las influencias en Cuesta, Cfr. Israel Ramírez Cruz, *La poética de Jorge Cuesta. Filiación y estudio de su proyecto estético*, (Tesis de Maestría en Letras Hispánicas), México, UNAM, 2004, pp. 80-111.

Estas admiraciones hacia escritores europeos le acarrearán la acusación, al igual que a los demás integrantes de la revista *Contemporáneos* (1928-1931), de extranjerizar, de ser afrancesado (lo cual significa un insulto para los nacionalistas de la época). A lo largo de su obra, se puede apreciar a Cuesta como un atento seguidor de estos autores. De ellos aprende a confrontar los argumentos oficiales a favor de las libertades civiles y artísticas, pero en contra de que la intervención del Estado en la educación y la vida privada se convierta en una nueva religión, una *nueva política clerical*. Las influencias externas no conducen a Cuesta hacia una evasión de su realidad inmediata, sino que enriquecen su crítica local.

Jorge Cuesta nunca escribió un libro. Ante tal situación, este trabajo recoge y articula la posición política y cultural que mantuvo a lo largo de su labor ensayística. En su obra se puede comprobar una postura coherente respecto de los sucesos históricos de su tiempo. A pesar de que sus trabajos fueron publicados de modo disperso en revistas y periódicos, guardan una unidad temática y argumental. Por esta razón, no es difícil distinguir en ellos un cuestionamiento -conforme a su responsabilidad para intervenir en la vida pública-, a una de las más complejas invenciones del estado moderno: el nacionalismo.

Los terrenos del poeta

... *La ciencia poética* ningún límite traza a su demoníaca pasión de conocer; en que no hay afirmación que no se ponga en duda, que no se convierta en problema. Pues ésta es la acción científica del diablo: convertir todo en problemático, hacer de toda cosa un puro objeto intelectual.

...Separada en efecto, de la inteligencia, la poesía consiente a la pasión y es esclavizada por ella, con lo que se *salva a su alma del demonio*, se salva de la fascinación, por la incapacidad que hay de fascinar a un esclavo, incapacitado, como está, por sus cadenas, de ir en pos de lo que lo solicita.

Jorge Cuesta, "El diablo en la poesía" (1934)

Jorge Cuesta es esencialmente un poeta y en este trabajo no se estudia su poesía. Sucede que hablamos de un escritor que nos permite observarlo en dos niveles de análisis distintos pero simultáneos: el arte y el pensamiento. Me interesa su creación poética, pero ésta no se encuentra influida ni contagiada de posiciones políticas. Su poesía amerita estudios por separado, en sentidos distintos a los objetivos de este texto. Es a partir de su producción ensayística, su pensamiento crítico, que se pretende demostrar cómo introduce argumentos considerables al debate sobre la construcción de *la condición nacional*. La defensa realizada por Cuesta de las libertades individuales y artísticas no sólo es relevante por el sentido de su argumentación, también lo es por el valor de exponerla en circunstancias históricas adversas. El periodo posterior a la presidencia de Obregón es particularmente hostil para las ideas liberales. La política oficial privilegia la atención a las demandas sociales y promueve las

asociaciones corporativas. Este ambiente no beneficia la defensa de las libertades y los espacios autónomos de creación, tarea emprendida por Cuesta desde una sólida racionalidad política.

Respecto a la leyenda negra (locura y suicidio de Cuesta), tampoco será materia para este estudio. Considero que el tema se ha tratado suficientemente y con pobres resultados. Los trabajos que abordan el asunto descuidan la revisión de una obra compleja y no contribuyen a comprender su pensamiento en un campo más amplio de reflexión. Es una prioridad aportar argumentos para ubicar su lugar en la historia de las ideas políticas y culturales en América Latina. La construcción de esa leyenda, la suma de exageraciones y tergiversaciones sobre su persona, es analizada y valorada por Israel Ramírez.⁶

Los últimos años de Cuesta son lamentables; para cualquier lector de su obra, la decisión y circunstancias de su muerte no pasan indiferentes. Pero, algunos

⁶ Es necesario aclarar al lector que la leyenda de Cuesta se compone de distintos elementos biográficos y varias especulaciones. Entre las distintas suposiciones sobre su persona se ha escrito que, a partir de su trabajo como ingeniero químico, experimentaba en propio cuerpo sus investigaciones con enzimas. Se habla de incesto, de su inteligencia extraordinaria, que sufrió un ataque a golpes por parte de seguidores de Lombardo Toledano, el cual exacerbó su enajenación mental y que escribió las últimas estrofas de su “Canto a un dios mineral” poco antes de su muerte. Cuesta se suicidó en agosto de 1942 en el Hospital psiquiátrico de Tlalpan, y según algunos autores, previa mutilación de sus genitales. Para una interpretación crítica de la leyenda, ver Israel Ramírez Cruz, *op. cit.*, pp. 6-38

autores evidencian la desbordada impresión que les causa su tragedia. Israel Ramírez demuestra los inconvenientes de analizar a Cuesta concentrándose en los contenidos anecdóticos (verídicos o ficticios) sobre su vida, supliendo la revisión crítica de su obra. Un ejemplo de esta postura se puede constatar en *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*, de Alejandro Katz. En ese texto se distingue el abuso metafórico, reduciendo al escritor estudiado a un papel de sofista que reivindica el valor de la *opinión*, un héroe suicida, un guerrero expulsado de la república-nación, quien reacciona dramática y elusivamente a la lógica estatal:

Este héroe secularizado de nuestro tiempo y de nuestra cultura –este intelectual- se enfrenta con el poder superior del Estado-Nación; con la ley del Estado y no con las leyes divinas, con la voluntad de verdad implícita en lo nacional.⁷

Y más adelante,

El sofista tiene pocas opciones: el exilio o la muerte. He intentado mostrar que la relación de Cuesta con el Estado es una relación agonística, de enfrentamiento, de lucha. Debemos llevar esto a sus consecuencias últimas: si hay lucha habrá naturalmente, un triunfador y un vencido. Cuesta, ya lo dije, es un héroe trágico que se enfrenta con un poder superior. Pero en nuestra cultura secularizada el héroe no es el guerrero sino el intelectual – o debería serlo. Y el poder superior no es el de los dioses, es el Estado-nación. Cuando el régimen discursivo de este Estado cambió, cuando ya conoce y defiende sus verdades, cuando exige que éstas sean respetadas, nuestro héroe está perdido.⁸

⁷ Alejandro Katz, *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 38

⁸ *Ibid*, p. 100

Se trata de un Cuesta reinventado por la improvisación literaria; un personaje que sirve a un experimento situado en la corriente posestructuralista, antes de entenderlo como el portador de una racionalidad política operando en la historia. Retórica y jerga de un posestructuralismo que se vuelven obsoletas de modo prematuro.

En el caso de este trabajo, se procura incorporar elementos históricos y hechos verificables que explican el carácter y sentido de las opiniones de Cuesta. Al mismo tiempo, se prescinde de aquellos elementos que poco o nada aportan al estudio de sus ensayos. No son las especulaciones de sus últimos años ni la leyenda sobre su persona las que pueden ampliar nuestra comprensión de su obra. Corresponde a la literatura de ficción agotar el mito de Cuesta; la historia de las ideas en América Latina y la crítica cultural pueden explorar muchos aspectos centrados en su obra, señalando sus aciertos y limitaciones. Creo que asumir esta perspectiva contribuye a desarrollar un trabajo con una distancia crítica sobre el personaje estudiado, prestando atención a otros trabajos y estilos para abordar el pensamiento del escritor cordobés. Es comprensible que la leyenda mantenga su capacidad de atracción, que surjan nuevas investigaciones al respecto y esos trabajos deben respetarse. El propio Cuesta decía que “lo personal pertenece al hombre, a la nación, a la época que

constituye la persona de la que lo personal emana. La urbanidad es el dominio de lo impersonal y el respeto de la propiedad de cada quien.”⁹

Es necesario repasar los datos mínimos de la vida de Cuesta. Nace en Córdoba en el seno de una familia pudiente venida a menos durante la guerra de revolución. En 1921 se traslada a la capital para estudiar en la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional. Su trato con jóvenes escritores (Novo, Villaurrutia, Gorostiza, Owen, Pellicer, Torres Bodet, Ortiz de Montellano) le permite responsabilizarse del trabajo colectivo que fue la *Antología de poesía mexicana moderna* (1928), con importantes repercusiones en el medio literario. Participa en la revista *Contemporáneos* (1928-1931) y en 1932 funda la revista *Examen*, clausurada a los pocos meses por la presión de los poderes políticos. Desde esos momentos centra sus esfuerzos en el debate de ideas políticas y culturales a través de sus artículos periodísticos. Muere en la Ciudad de México a los 38 años de edad. Christopher Domínguez ensaya un repaso de los logros de Cuesta como crítico:

Resiste la prueba de la actualidad. Si entendemos al crítico sólo como aquel que establece personalmente una jerarquía de valores, la atingencia de Cuesta sorprende por su afirmación en el gusto literario contemporáneo. No olvidó la preminencia (sic) de Sor Juana. Rescató a López Velarde de la chabacanería provinciana y la oratoria nacionalista. Transformó la lectura de Díaz Mirón. Dio su lugar a Reyes y Vasconcelos.

⁹ Jorge Cuesta, “¿Existe una crisis en la literatura de vanguardia?” (1932), en *Obras*, t. I, México, El Equilibrista, 1994, p. 173

Dibujó el retrato más persistente de su propia generación. Logró esa difícil combinación entre la justicia y la honradez al hablar de sus amigos Villaurrutia, Owen y Gorostiza. Destacó la aparición del joven Octavio Paz. Atendió las intuiciones de Samuel Ramos sin involucrarse en sus teorías. ¿Se le puede pedir más a un crítico?¹⁰

La evaluación no es incorrecta, pero la intervención de Cuesta en el mundo cultural es más amplia: propone un interesante debate con Lombardo Toledano y otros radicales de la época respecto al perfil de las nuevas instituciones de enseñanza; comenta las principales cualidades artísticas en la obra de José Clemente Orozco; se inserta en la discusión que genera en México la obra de Ortega y Gasset; polemiza sobre leyes de educación pública; se preocupa por el apego jurídico a la Constitución de 1917; cuestiona las costumbres y la moral públicas; se inconforma ante el autoritarismo del incipiente sistema político mexicano y, en un ambiente donde domina la retórica revolucionaria, habla de libertades individuales, división de poderes e imaginación política.

A diferencia de sus compañeros de generación, Cuesta participa en debates de ideas relevantes para la sociedad. Siempre tuvo interés por los asuntos públicos, pero es en 1932, a partir de la censura estatal a la revista *Examen* - su proyecto colectivo de mayor ambición intelectual-, cuando se radicalizan sus inquietudes y opiniones contra el autoritarismo estatal. Las circunstancias históricas que exacerban esa conciencia política, adversa a los nacionalismos

¹⁰ Christopher Domínguez Michael, *op. cit.*, p. 282.

que deforman una visión general de la sociedad, desencadenan uno de los capítulos más apasionantes en las relaciones de los intelectuales y el poder durante el siglo XX.

Desencuentros con el nacionalismo

Pero semejante definición se tornará sencillamente vacua si no se incorpora un componente vivencial que sólo la experiencia histórica podría suministrarle, en cuyo caso será lo más probable que la definición se torne ociosa. Como dijera Nietzsche “tan sólo puede definirse aquello que carece de historia”.

Javier Muguerza, *Desde la perplejidad: ensayos sobre la ética, la razón y el diálogo* (1990)

En el año de 1932, el diario El Universal Ilustrado publica una polémica entre escritores en torno a una supuesta crisis de la literatura de vanguardia en México. El grupo de jóvenes poetas reunidos alrededor de la revista Contemporáneos es el centro de ese debate, pues se cuestiona el valor y la cantidad de su producción literaria. Ante la pregunta ¿existe una crisis en la literatura de vanguardia?, Jorge Cuesta, figura central del grupo, afirma:

Una generación no se mide por su resonancia; se mide por su moral. No dudo que la resonancia que provocó tal aspecto de la actividad de los más recientes autores mexicanos esté en crisis, esté permitiéndose; pues toda resonancia se amortigua, todo eco se esfuma. Pero tanto mejor que la voz de la nueva generación pierda su eco, pierda su resonancia; esto la hace menos atenta a la resonancia que a la voz. ¿Se trata de

declarar en quiebra a quienes están en trance de cumplir treinta años? Es ésta una edad que soporta todos los pecados, todos los compromisos tras de sí; desde la conciencia de su duda hasta los discípulos tempranos y un prematuro prestigio sin fundamento. Dudo, sin embargo, que soporte el nacionalismo, el mexicanismo, que es la forma más grave, al mismo tiempo, de fatuidad y de la pobreza de recursos... Una generación que tiene conciencia de su propio valor, de su moral, se mantiene en crisis constante. Ninguna crisis impide a su destino cumplirse, sino que forma parte de él. Y no le preocupa la forma en que vive, sino la que le sucede.¹¹

En un texto posterior, dentro del mismo debate, argumenta:

Es una perfidia buscar en esta generación una actitud que valga para las que le siguen. Esta generación no la buscó en las anteriores; la buscó en ella misma. Aun suponiendo que en este momento, cuando todavía no se madura, se suspendiera su obra, y aún suponiendo que su obra suspendida se perdiera, que pasara, su actitud no deja de valer, puesto que consiste en no tener más actitud que la propia. Esta actitud es la única que hace valer la actitud y la obra de los otros; es una actitud crítica. Hace valer lo mismo la literatura y el arte franceses que los de cualquier otro país. Admite cualquier influencia. Admite la cultura y el conocimiento de las lenguas. Admite viajar y conocer gentes. Admite encontrarse frente a cualquier realidad, aun la mexicana. Es una actitud esencialmente social, universal. Revolucionarismo, mexicanismo, nacionalismo, son en cambio, puras formas de la misantropía.¹²

¿Cuáles son las condiciones que obligan a un joven escritor a asumir una postura tan hostil ante la cultura del nacionalismo? ¿Qué ambiente en el terreno de las ideas políticas y culturales suscitan tales enconos en el momento

¹¹ “Lo que dice Jorge Cuesta de la crisis” en: Guillermo Sheridan, *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 132-133.

¹² Jorge Cuesta, “¿Existe una crisis en la literatura de vanguardia?”, *op. cit.*, t. I, p.173

de la construcción de una hegemonía nacionalista? Si en el discurso de la historia oficial mexicana el nacionalismo es un recurso defensivo, expresado en todos los terrenos de la cultura y la economía, protector de los intereses locales en contra de los intereses extranjeros ¿por qué Cuesta asume una posición disidente en este proceso?

Cuesta no discute con nacionalismos abstractos, sino con una de sus experiencias más eficaces del siglo pasado. Por lo mismo, no se puede emprender el análisis de estas preguntas sin fijar los criterios para interpretar el término *nacionalismo*. Esto ayuda a entender, en términos históricos, ante qué clase de nacionalismo nos encontramos.

El nacionalismo es un tema que la historia oficial trata con una gran vaguedad intelectual. En los últimos treinta años las ciencias sociales han experimentado distintas aportaciones para su estudio. A partir de las obras de Eric Hobsbawm (1917-), Ernst Gellner (1926-1995), Benedict Anderson (1932-), Marcos Kaplan (1926-2004) y Ricaurte Soler (1932-1994) se pueden ubicar elementos alrededor del concepto *nacionalismo*, los cuales son el eje de reflexión para este ensayo.

Es obvio que Cuesta no contaba con el conocimiento de los materiales bibliográficos sobre el nacionalismo empleados a continuación. Lo que se intenta es revisar las contribuciones académicas recientes para el estudio de

los nacionalismos. De este modo, al contrapuntar las opiniones de Cuesta con una percepción actual del nacionalismo, se pueden constatar las aportaciones y limitaciones de su pensamiento crítico.

a) No hay criterios satisfactorios para determinar qué es una nación. Los intentos para clasificar a grandes grupos humanos a través de criterios objetivos (la lengua, la etnicidad, el pasado independiente, el territorio común) o criterios subjetivos (como la elección voluntaria a la nacionalidad o la conciencia colectiva -“la nación como plebiscito diario”-, como sostenía Ernest Renan) resultan insuficientes para determinar cuáles colectividades pueden sustentar las “clasificaciones nacionales”. Se trata de un término que escapa al rigor de cualquier examen científico o histórico. Los criterios que presentan los defensores de distintos nacionalismos para justificar la validez política de sus postulados son, por lo menos, discutibles. Al referirse al argumento del “pasado común” como elemento que afirma la identidad nacional, el historiador Eric Hobsbawm afirma:

En cuanto al “pasado histórico independiente”, es casi seguro que la expresión es anacrónica, constituye una petición de principio o es tan vaga que no tiene sentido. Puede objetarse, por supuesto, que los manifiestos obviamente propagandísticos no pueden estudiarse con detenimiento como si fueran aportaciones a las ciencias sociales, pero lo cierto es que casi cualquier clasificación de alguna comunidad como “nación” basándose en tales criterios pretendidamente objetivos, estaría expuesto a objeciones

parecidas, a menos que el hecho de ser una “nación” pudiera probarse basándose en otros criterios.¹³

b) El nacionalismo cumple dos funciones –una interna y otra externa- en las complejas relaciones del sistema político y económico mundial. En su nivel interno, sirve como un elemento que unifica las conciencias en los integrantes de un grupo determinado. Gellner señala que la efectividad de la ideología nacionalista radica en su pretensión de congruencia entre la unidad política y la comunidad.

Esta nueva importancia de una cultura compartida es lo que hace que las personas se vuelvan nacionalistas: la congruencia entre su propia cultura y las burocracias políticas, económicas y educativas que los rodean se transforma en el hecho más singular de sus vidas. Deben preocuparse por su congruencia, por su logro o su protección: y ello las hace ser nacionalistas. Su primera inquietud política debe ser que son miembros de una unidad política que se identifica por su idioma, que garantiza su perpetuación, su empleo, su defensa. Esto es el nacionalismo.¹⁴

El nacionalismo cumple una función de unión social y cultural: la procuración del bienestar de una comunidad específica. A pesar de esta reivindicación, se nutre de elementos refutables desde la perspectiva histórica. El nacionalismo es un recurso ideológico-cultural que se manifiesta en diferentes niveles (la enseñanza oficial, la administración de los símbolos patrios). Su funcionamiento aspira a concienciar y sensibilizar, de manera simultánea, a

¹³ Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p.15

¹⁴ Ernest Gellner, *Encuentros con el nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1994, p. 10

grandes grupos sociales a través de distintos modos de expresión. En su papel de vigilar la congruencia de los intereses de la nación, no puede reducirse a una sola dimensión ya sea económica, política, artística o de otro tipo.

En su función externa, el nacionalismo es un factor de legitimación ante la comunidad internacional. En el mundo moderno la dinámica política y económica impone el contacto entre los distintos estados; la postura nacionalista es, en cualquiera de sus variantes, el factor que explica y justifica la actuación política al interior de una comunidad ante la opinión extranjera. El equilibrio de un estado dentro de un sistema de intercambio internacional depende, en gran parte, de la solidez de su discurso en defensa de los intereses nacionales. Wallerstein lo explica del siguiente modo:

El nacionalismo es una identidad de estatus grupal, tal vez la más crucial para el mantenimiento del sistema-mundo moderno, que se basa en su forma presente en una estructura de estados soberanos ubicados en sistema interestatal. El nacionalismo sirve como aglutinante mínimo de las estructuras estatales. Si uno examina de cerca, el nacionalismo no es sólo un fenómeno de los estados débiles. Es, en verdad, extremadamente fuerte en los estados más ricos, incluso aunque se lo invoque menos públicamente que en los estados cuya fuerza no esté solidificada. Una vez más, la propugnación pública de temas nacionalistas por parte de líderes estatales debería ser analizada como un intento de afianzar el estado, no como evidencia de que el estado ya es de por sí, fuerte.¹⁵

¹⁵ Immanuel Wallerstein, *Análisis del sistema mundo: una introducción*, México, Siglo XXI, 2005 pp. 79-80. Esta visión se contrapone a la del liberalismo contemporáneo de derecha, la cual sostiene que el nacionalismo es un fenómeno casi exclusivo de los países débiles. Berlin, uno de los principales liberales críticos al nacionalismo afirma: “El nacionalismo es un estado

c) Los nacionalismos se construyen sobre ficciones, artificios de la política. Se trata, como sugiere Anderson, de invenciones “imaginadas” por una clase política que se convierten en artefactos culturales empleados por los estados. Al referirse a los criterios para evaluar a los nacionalismos, el autor de *Comunidades imaginadas* señala:

Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o su legitimidad, sino por el estilo con que son imaginadas...

La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad....

Se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado... las naciones sueñan con ser libres y con serlo directamente en el reinado de Dios. La garantía y el emblema de esta libertad es el Estado soberano...

exacerbado de la conciencia nacional que puede ser –y lo ha sido en los hechos– tolerante y pacífico. Parece ser provocado por heridas, por alguna forma de humillación colectiva... Quienes no pueden presumir de grandes logros políticos, militares y económicos, o de una magnífica tradición de arte y de pensamiento, buscan consuelo y vigor en la noción de su vida espiritual libre y creativa, no corrompida por los vicios del poder y la sofisticación. De aquí el valor que representa un rico pasado histórico real o imaginario... Si no puede invocarse un pasado así, entonces su ausencia será terreno fértil para el optimismo. Podemos ser actualmente primitivos, pobres, incluso bárbaros, pero nuestro atraso es un signo de juventud, de nuestro poder vital inexhausto; somos el futuro que las naciones viejas, decadentes, acabadas y corruptas, con su tan cacareada superioridad, ya no verán.” (Isaiah Berlin, *Árbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992, pp. 299-301).

Por último se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto pueden prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.¹⁶

La complejidad del nacionalismo radica en que por su intención de representar los intereses y las emociones políticas de una sociedad, simplifica y reduce las diversas expresiones y posiciones originadas en su interior. La llamada *cultura nacional* pretende subordinar una serie de identidades alternas a la ideología oficial. Mientras que los estados buscan definiciones absolutas para explicar a la *nación*, las sociedades no son esferas universales, sino que cambian constantemente. Las sociedades intercambian y modifican sus posturas políticas, sus imaginarios sociales, sus costumbres: actualizan constantemente su cultura.

Por esta razón Hobsbawm señala -apoyado en el trabajo de Miroslav Hroch-, la importancia de analizar los nacionalismos con una mirada desde los sectores populares, pues “la ideología oficial no nos dice lo que hay en el cerebro de los ciudadanos”. Sostiene que el proceso de identificación nacional y lo que se cree que significa es mucho más frágil de lo que sus defensores postulan, pues esos imaginarios cambian y se desplazan con el tiempo, incluso en el transcurso de periodos bastante breves. Del mismo modo, su campo de influencia es

¹⁶ Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 24-25

irregular, “se desarrolla desigualmente entre los agrupamientos sociales y las regiones de un país.”¹⁷

d) En términos históricos, el nacionalismo es una novedad muy reciente. A pesar de acudir a una antigüedad gloriosa o a un remoto pasado común, es un aspecto de la modernidad con diversos elementos por revisar. Por ejemplo, los nacionalismos existen en función de una organización política y estructuras económicas determinadas. Sin la aparición histórica de los estados modernos, el aparato ideológico-cultural defensor del interés nacional no podría explicarse, pues como sostiene Hobsbawm “las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que sucede al revés.”

El desenvolvimiento histórico de los nacionalismos es proporcional al desarrollo de las fuerzas productivas y tecnológicas modernas. Su efectividad sólo es posible a partir de que cuenta con los medios para difundir su ideología. Por vía de la educación oficial o la detentación de los medios de información, los estados proyectan sus estrategias para alcanzar una supuesta conciencia nacional.

La mayoría de los estudiosos de hoy estarán de acuerdo –dice Hobsbawm– en que las lenguas nacionales estándar, ya sean habladas o escritas, no pueden aparecer como tales antes de la imprenta, la alfabetización de las masas y, por ende, su escolarización. Incluso se ha argüido que el italiano hablado popular, como idioma capaz de expresar

¹⁷ Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 19-20

toda la gama de lo que una lengua del siglo XX necesita fuera de la esfera de comunicación doméstica y personal, sólo ha empezado a construirse hoy día en función de las necesidades de la programación televisiva nacional.¹⁸

En realidad, el Estado ya no detenta de modo exclusivo la administración del nacionalismo. En la actualidad, es sencillo percibir el impulso de los medios masivos de comunicación a la causa nacionalista. En coordinación con los grandes poderes económicos, la comunicación de masas incide en la representación de los nacionalismos modificando su sentido, intereses y dinámicas particulares.

Nacionalismos locales

Dice Celso Furtado que la estructuración de los Estados-Nación se produce de manera accidentada en casi toda América Latina. Eso se debe, fundamentalmente, a que las incipientes clases políticas no se encontraban en condiciones de organizar los sistemas de poder político y económico para sustituir a la metrópoli. En las naciones latinoamericanas esa desorganización pronto cobraría facturas muy altas. Al caos de la primera parte del siglo XIX (enfrentamiento entre los nuevos países, intentos independentistas, crisis económica, inestabilidad política y en México, la pérdida de mitad de su

¹⁸ *Ibid.*, p 18

territorio) le sigue un esfuerzo de reorganización por parte de las distintas facciones políticas.¹⁹

El nacionalismo latinoamericano es un recurso político emergente. Durante el siglo XIX, una vez diluido el vínculo político colonial, las élites políticas perciben sociedades dispersas en la región. Los asentamientos latinoamericanos se encontraban poco comunicados respecto de otras regiones y de las mismas autoridades. Marcos Kaplan explica estas condiciones que hacen surgir la contingencia nacionalista:

Con la emancipación de América Latina, pierde aquella unidad política y administrativa que de modo formal y precario gozara en la era colonial y termina por fragmentarse en dos decenas de repúblicas independientes y divorciadas entre sí. El atraso heredado, la perduración de las estructuras arcaicas, el desarrollo capitalista incumplido o insuficiente, la consiguiente generación de tendencias centrífugas de todo tipo, la dependencia externa, la acción deliberada de las grandes potencias contribuyen poderosamente a crear y consolidar esta división, que subsiste hasta la fecha.

... Las élites que promueven y encabezan la emancipación participan en el movimiento de ideas del mundo noratlántico de su época... De este movimiento general de las ideas y de los ejemplos de la Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos toman, entre otras cosas, el nacionalismo y el proyecto de construir una gran nación latinoamericana o, por lo menos, grandes naciones.²⁰

Los forjadores de los estados nacionales en América Latina se preocupan por el sentido y unidad de la sociedad. Buscan esquemas civilizatorios, deploran los vínculos con el pasado colonial, escriben y polemizan. Pretenden ser ejemplo de

¹⁹ Celso Furtado, *La economía latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1971, p. 50.

²⁰ Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983, p. 129

un nuevo pacto social; construir una conciencia ciudadana donde no la hay. En México, el grupo político hegemónico es liberal. Ellos apuestan al nacionalismo como opción de integración y civilidad. La necesidad nacionalista es interpretada como el sentido de unidad social anhelado. Monsiváis menciona las características de esta postura:

Gracias al nacionalismo, los liberales localizan sus (nuevos) sentimientos y su ideario. El nacionalismo, orientación vocacional de la colectividad harta de su rostro abstracto, y ansiosa de los rasgos fuertes que imprime la creencia en el destino, infunde coherencia interna, organiza una conciencia cultural en donde sólo había admiraciones diseminadas, confiere la identidad que es, en rigor, el anticipo de las reacciones y acciones esperadas. Sin que los liberales se lo propongan en demasía, su nacionalismo brota de las exigencias defensivas ante las invasiones extranjeras y de la ofensiva ante el desdén de las metrópolis.²¹

El periodo de Porfirio Díaz como presidente significa la interrupción de los esfuerzos liberales y su correspondiente proyecto nacionalista. Es con la Revolución mexicana que aparecen las demandas sociales y los actores públicos que para los años veinte son el estandarte de las obras simbólicas elaboradas por los autoritarios gobiernos posrevolucionarios. A diferencia de la iniciativa nacionalista de los liberales decimonónicos -caracterizada por ser un movimiento de ideas tolerante y heterogéneo-, el nacionalismo posrevolucionario se realiza sobre un programa oficial, con políticas educativas

²¹ Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000, p. 27

y culturales improvisadas, con ideólogos y artistas subvencionados. Se trata de un nacionalismo decretado desde arriba, y aunque en su retórica los gobiernos constitucionales asumen las causas populares y las incluyen en sus programas, también las subordinan.

Durante la tercera década del siglo XX, en pleno nacimiento del sistema político, el nacionalismo es ya ideología hegemónica, cultura oficial y política pública con un alto grado de autoritarismo. Jorge Cuesta criticó los abusos del nuevo régimen. Se opuso a los excesos del nacionalismo cultural y al defender la diversidad cultural, conectó la crítica política con un liberalismo moderno, silenciado por décadas. Es a partir de los programas revolucionarios (el *Plan Sexenal* del presidente Cárdenas, por ejemplo) que entiende cómo el discurso político está determinando la moral. El Estado no sólo busca un programa político, sino que quiere generar un sentimiento de fraternidad, que al popularizarse se convierta en orgullo, en sensibilidad nacional. Cuesta indaga y cuestiona el origen de la moral dominante: lo ubica en la Constitución de 1917. Pero detecta que los elementos empleados por los gobiernos constitucionales no retoman su perfil liberal, sino el aspecto corporativo, clientelista.

El sentido político y cultural del nacionalismo mexicano se revisará en las próximas páginas. La revisión de este proceso se apoya en la mirada panorámica de Jorge Cuesta como testigo y eje crítico.

En tres artículos que publicó Carlos Chávez en *El Universal...*, que son prácticamente el prólogo de su obra musical *Llamadas, Sinfonía Proletaria*, se expone la doctrina en que Chávez encuentra los fundamentos de la autoridad que usa para atormentar a un centenar de músicos, a varios centenares de cantantes y al público de la Orquesta Sinfónica de México, haciéndoles ejecutar, cantar y escuchar una música lamentablemente detestable. Podría decirse, a cualquiera que emplea esos artículos para apreciar la falta de congruencia mental de Chávez, que es injusto medir a un músico, por su literatura o por sus ideas; pero si se toma en cuenta que esa música de Chávez es una música de tesis, tiene que reconocerse que se le hace un favor al juzgar su personalidad tal como se expresa en la tesis aislada, y no como se expresa en una música que, separada, a su vez, de la tesis es tan mala que no vale la pena como música...

Pero la tesis de Chávez no es desinteresada; no es una tesis a la que su música sirve, no es una tesis *anterior* a su música; por el contrario, es una tesis que no tiene más objeto que recomendar su música, corregir un defecto de su música, que es incapaz de recomendarse por sí sola. En consecuencia, cuando Chávez piensa que la música debe ser propaganda, su propósito no es propagar una idea que no circula, vinculándola, a una música que circula; su propósito es valerse de una idea que circula –la idea proletaria–, para propagar una música que de otro modo no tendría circulación. Cuando concibe al arte como propaganda, su verdadera idea es hacer la propaganda de un arte que sólo artificial y violentamente puede propagarse...

Cuenta Genaro Estrada que pasó por Mazatlán algún tenor cuyo defecto consistía en no alcanzar el do de pecho que, como se sabe, es el arte de todo tenor. Por lo tanto, este virtuoso corría grandes riesgos ante el público de ese puerto. Pero imaginó una estratagema para salvarse; cada vez que el do de pecho se acercaba, suspendía el canto y gritaba: ¡viva Mazatlán! El aplauso venía igual que con el do de pecho, y el público de Mazatlán lo consagró como tenor. En Carlos Chávez, la tesis es suplente del do de pecho; su música ha sabido gritar, cada cosa en su oportunidad, ¡viva México!, ¡viva la América!, ¡viva el indio! y ¡viva la revolución social! Pero respecto a Chávez no debemos incurrir en el error del público de Mazatlán...

Jorge Cuesta, “La música Proletaria” (1934)

II. Crítica a la pasión nacionalista

En la más reconocida descripción del grupo literario “Contemporáneos”, Jorge Cuesta señala algunas condiciones culturales que determinan la labor artística de sus integrantes:

Quienes se distinguen en este grupo de escritores tienen de común con todos los jóvenes mexicanos de su edad, nacer en México; crecer en un raquíico medio intelectual; ser autodidactas; conocer la literatura y el arte principalmente en revistas y publicaciones europeas; no tener cerca de ellos, sino muy pocos ejemplos brillantes, aislados, confusos y discutibles; carecer de estas compañías mayores que decidan desde la más temprana juventud un destino; y, sobre todo, encontrarse inmediatamente cerca de una producción literaria y artística cuya cualidad esencial ha sido una absoluta falta de crítica. Esta última condición es la más importante.²²

Jorge Cuesta escribe este texto en 1932. Son los años de esplendor del nacionalismo cultural. La política y economía nacionalistas encuentran en los años siguientes las condiciones idóneas para su consolidación. Son los momentos que en el terreno del arte protagonizan Diego Rivera, Siqueiros, Carlos Chávez y José Pablo Moncayo. En el terreno filosófico están presentes Vasconcelos, Lombardo Toledano, Samuel Ramos y Antonio Caso. Desde el extranjero, la figura de Alfonso Reyes es un referente ineludible para los nuevos escritores. La herencia del *Ateneo de la Juventud* sigue vigente. Por otro lado, Cuesta se queja de vivir en un raquíico medio intelectual y estar

²² Jorge Cuesta, “¿Existe una crisis en la literatura de vanguardia?” (1932), *op. cit.*, t. I, p. 173.

rodeado de un ambiente literario privado de crítica. Demuestra su incomodidad ante el asedio del discurso predominante, el nacionalista. ¿Pero son del todo ciertas esas características de la vida cultural en México? ¿No serán otros los motivos que inconforman a Cuesta?

Desde la presidencia de Álvaro Obregón en 1920, los gobiernos revolucionarios buscan legitimarse por medio de un sistema educativo de beneficio social. También procuran hacerlo a través de la alta cultura, con su respectivo esfuerzo de popularización. El nacionalismo cultural pretende ofrecer una imagen de un país revitalizado por una nueva constitución que es, en teoría, el resultado de una saludable revolución. Esta visión se quiere trasladar al terreno del arte. Resaltan tendencias que profesan el *arte comprometido*, para convertirlo en instrumento de educación “para el pueblo”. Se pretende que campesinos, indígenas y el *México mestizo* sean los protagonistas, modelos y, al mismo tiempo, espectadores del arte público. Se busca conectar la conciencia social con los beneficios de la estética. La Preparatoria de San Ildefonso es el paraíso de esa política cultural.²³

²³ No creo que el arte sea el medio fundamental para consolidar la conciencia nacional. Esa tarea recae en la política educativa (programas de estudio, libros de texto, discursos y manejo de los símbolos oficiales en coordinación con los medios masivos de comunicación). Aunque las llamadas bellas artes son operadas desde una política similar a la educación, al Estado las artes le interesan como medio de legitimación simbólica, no como centro de operación ideológica, (ver Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, Colegio de México, 1975.)

Este periodo de la política y la cultura en México no puede desvincularse del factor José Vasconcelos. Desde su cargo de Secretario de Educación (1920-1923), reúne a destacadas figuras de la vida artística, política y académica para emprender la misión cultural con mayor repercusión en el país durante el siglo XX. Vasconcelos detenta la autoría intelectual de esta fase del nacionalismo mexicano. Su relevante intervención en la vida política es admirada por los jefes revolucionarios. Ninguna figura intelectual genera mayor influencia sobre los caudillos que sobreviven a la segunda década del siglo. Estas consideraciones nos permiten comprender la realización de un personalísimo proyecto institucional. En Vasconcelos se entrecruzan los tiempos de la labor histórica (política y burocrática), su doctrina filosófica (confusa e indisciplinada) y su historia personal (contradictoria y apasionante).

En una reseña de las memorias *Ulises criollo* (1936), Jorge Cuesta admite su admiración por la trayectoria pública de Vasconcelos y deslinda la capacidad de seducción que poseen sus memorias respecto de la inconsistencia y limitaciones de su obra filosófica:

La biografía de Vasconcelos es la biografía de sus ideas. Este hombre no ha tenido sino ideas que viven: ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan le resultan indiferentes y hasta odiosas.... No es, en rigor, una filosofía la suya; pues es evidente que no encuentra en el pensamiento la forma que le conviene. Su filosofía es una emoción, con frecuencia intraducible; y las emociones son comunicables por la inteligencia. Pero tan

inconsistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se le mira pensando, es vigorosa, imponente y fascinadora cuando se le mira viviendo.²⁴

No es posible ocuparse aquí del pensamiento vasconcelista que sustenta parte de este movimiento cultural. Implica la realización de otro trabajo más cercano a la filosofía o a la historia de las ideas filosóficas y estéticas. Como es sabido, la producción filosófica de Vasconcelos no despierta gran interés en la actualidad. El prestigio de su obra intelectual le debe más a su capacidad retórica y aforística que a la coherencia filosófica. El lema de nuestra Universidad es un ejemplo de esa condición: deslumbrante poética de la ambigüedad.

La estabilidad del nacionalismo no hubiera sido posible sin un programa político-cultural aplicado con eficacia. Se requería una visión extensa de la cultura y una síntesis de los ejemplos de su tiempo. El creador de la Secretaría de Educación convoca a grandes personalidades culturales, otorgándoles una inusitada libertad de acción e ideas. Fell sostiene que “Aun siendo partidario del dirigismo en materia de educación y cultura, Vasconcelos hace gala en esa época de una flexibilidad y un eclecticismo excepcionales, si lo tomamos en cuenta dentro del marco de la trayectoria de su existencia y su pensamiento.”²⁵

²⁴ Jorge Cuesta, “Ulises criollo” (1936), *op. cit.*, t. II, p. 143.

²⁵ Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los Años del Águila (1920-1925)*, UNAM, México, 1989, p. 12. Es necesario mencionar el conocimiento que Vasconcelos tenía de la misión educativa y cultural de la revolución rusa, realizada por Anatoli Lunacharsky. Pero de ninguna manera se

Aunque Vasconcelos es ministro de educación por un periodo menor de tres años, Cuesta opina que él es responsable de un largo proceso en la política cultural. Considera que los proyectos institucionales de sus discípulos (la reforma al artículo tercero constitucional para implantar la educación socialista de escuelas primarias en 1934, la presencia de Lombardo Toledano en las discusiones para la reforma de la Universidad, el arte subvencionado “para el proletariado”) no son más que una variación de la misma intención vasconcelista de utilizar políticamente las escuelas y las artes. Cuesta sostiene que los representantes del pensamiento radical de los años treinta son imitadores de Vasconcelos, defensores de un nuevo *clericalismo oficial*.

Es fácil observar –dice Jorge Cuesta– que no sólo ahora con el comunismo, sino que desde hace muchos años se presenta en la historia de México una tendencia romántica a erigir la escuela en iglesia del Estado, en iglesia de la política, con el fin de supeditar toda clase de autoridad a la autoridad de su dogma; con el fin de supeditar los políticos a los sacerdotes o titulares de la doctrina oficial... Pero, hasta José Vasconcelos, este nuevo clericalismo no tuvo las proporciones amenazantes que ha conservado después...

Es con el paso de Vasconcelos por la Secretaría de Educación cuando alcanza conciencia de sí esta nueva política clerical, desde entonces asume la escuela la función platónica de dar nacimiento a un Estado perfecto... Escuelas rurales, misiones culturales, la universidad para el pueblo, la ideología universitaria de la Revolución, el arte-propaganda, la función civilizadora del arte, la redención de los indios, “Por mi raza hablará el espíritu”, etcétera, todas estas nociones vasconcelistas no contienen sino

puede afirmar que haya sido una influencia definitiva, y mucho menos, que determine el rumbo de su proyecto educativo. Otro elemento a consideración es la presencia, en el caso de las escuelas rurales, de las ideas provenientes del ilustre pensador norteamericano John Dewey, mediante el Subsecretario de Educación, Moisés Sáenz.

aspiraciones religiosas que, si en Vasconcelos pudieran responder a un sentimiento místico, en sus secuaces no son otra cosa que de una voluntad de apoderarse de la conciencia política por medio de la escuela.²⁶

Según Cuesta, un elemento que caracteriza al nacionalismo mexicano surgido de la revolución es su condición occidental. Se nutre de los ejemplos de las artes europeas, pero busca ser una alternativa de expresión a las vanguardias modernas. El discurso nacionalista predica una revaloración de nuestros orígenes y, al mismo tiempo, la representación artística de los sectores sociales reivindicados por la revolución. Las bases de su discurso son básicamente occidentales, a pesar de que al mismo tiempo se intente su abolición. La cultura oficial busca una literatura propia; una pintura que represente “lo nuestro”; una arquitectura particular; una música indígena; en fin, un arte local, mexicano.

La idea más infecunda en el arte y la literatura mexicanos –dice Cuesta– ha sido la idea nacional. Las obras nacionalistas no han logrado otra cosa que imitar servilmente a los nacionalistas de Europa. El nacionalismo mexicano se ha caracterizado por su falta de originalidad, o, en otras palabras, lo más extranjero, lo más falsamente mexicano que se ha producido en nuestro arte y nuestra literatura, son las obras nacionalistas. Como una ironía del destino encontramos que en momento en que más “nacionales” hemos sido es cuando nos hemos falsificado más.²⁷

²⁶ Jorge Cuesta, “Una nueva política clerical” (1933), *op. cit.*, t. I, pp. 251-252

²⁷ Jorge Cuesta, “La nacionalidad mexicana” (1935), *op. cit.*, t. II, p. 23.

Cuesta es testigo del modo en que el nacionalismo mexicano se erige como corriente cultural oficial. Observa la manera en que se construye un criterio estético y educativo decretado desde arriba. El nacionalismo oficial deriva en corrientes intelectuales y artísticas de carácter hegemónico y excluyente. Estas características tienen un gran peso hasta nuestros días.

¿Cómo se legitima este predominio oficial en la cultura? En el estudio cultural *Orientalismo*, Edward Said utiliza la teoría de construcción de la hegemonía desarrollada por Gramsci. Ésta consiste en distinguir entre la sociedad política y la sociedad civil. La primera gira en torno a las instituciones normativas (el ejército, la policía, el gobierno). La segunda está conformada por las afiliaciones voluntarias no coercitivas (las escuelas, los sindicatos). La cultura, instalada en el terreno de las actividades sociales que se realizan por decisiones voluntarias, no se somete a un proceso de dominación sino a lo que se denomina consenso. En una sociedad no totalitaria predominan unas formas de cultura sobre otras. La supremacía de unas propuestas sobre otras es lo que se denomina hegemonía. Creo que es ahí donde radica la clave de la eficacia y durabilidad del nacionalismo cultural mexicano: los efectos de su propuesta (subvencionada por el poder) no aniquilaron otras alternativas culturales, aunque las mantuvieron relegadas, excluidas de los centros oficiales de cultura.²⁸

²⁸ Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002, p. 26.

Cuesta está consciente de su condición marginal en la cultura mexicana. Es posible que este elemento explique el porqué de su rechazo absoluto a la acción de los gobiernos revolucionarios. Una dosis de resentimiento artístico puede acompañar a su racionalidad política. El escritor y amigo de los grandes autores de la poesía de los años treinta (Gorostiza con *Muerte sin fin*, Villaurrutia autor de *Reflejos*, Salvador Novo autor de *Nuevo amor* y Carlos Pellicer con su *Hora de Junio*) no tolera ser desdeñado por el arte oficial. Esto puede responder a la inquietud inicial. La inconformidad de Cuesta por su entorno cultural puede explicarse a partir de que él forma parte de una opción cultural que, en esos momentos, se encuentra relegada respecto de la cultura hegemónica, la nacionalista. Es hasta la segunda mitad del siglo XX cuando la crítica literaria revalora su importancia en la cultura.

Cuesta no reconoce mérito alguno en las campañas emprendidas en nombre del nacionalismo. En ese momento parece que equivoca su apreciación política. Las misiones de alfabetización son moralmente justificadas en un país convulsionado por una guerra de revolución y con 90 por ciento de iletrados. El reparto agrario representa la aspiración de mayor arraigo en las demandas sociales.

La política económica en el periodo de Cárdenas es una respuesta coyuntural al abuso histórico de los intereses extranjeros. En cierta medida, el nacionalismo mexicano de los años treinta se preocupa, como sugiere Gellner, por la

congruencia de los intereses de una comunidad. Este nacionalismo no es exclusivamente el resultado de voluntarismos individuales. No puede explicarse sin tomar en cuenta el contexto de las condiciones políticas y económicas mundiales entre las dos grandes guerras. Se trata de un proyecto que en el terreno político es de carácter defensivo, anticolonialista, obviamente antiyanqui.

En la breve obra de Jorge Cuesta pueden detectarse algunas omisiones de temas fundamentales y posturas políticas cuestionables (por ejemplo, su disidencia en el proceso de nacionalización de los energéticos durante la presidencia de Lázaro Cárdenas). Su liberalismo se encuentra más preocupado por la ampliación de las libertades individuales, que por la reducción de las desigualdades sociales. Esto explica que en actualmente la figura de Cuesta sea reivindicada, principalmente, por liberales de derecha (encabezado por el grupo *Letras Libres*), defensores a ultranza de las garantías liberales (por ejemplo, las libertades comerciales, tal como lo demuestra su disidencia en la Reforma Electoral del 2008), y críticos viscerales de los movimientos populares en América Latina y cualquier expresión antihegemónica a nivel mundial. A pesar de esta condición, la crítica de Cuesta al nacionalismo oficial se mantiene vigente. Como sostiene Carlos Monsiváis, a final de cuentas Jorge Cuesta tiene *la razón histórica*. A casi cien años de la guerra de revolución, siete millones de mexicanos analfabetos pueden constatar las limitaciones de los improvisados

proyectos educativos posteriores a las misiones vasconcelistas. El reparto agrario se envolvió en un rotundo proceso de corrupción, capaz de sustentar parte de la imaginación narrativa de Juan Rulfo. El desinterés de la clase política para atacar la pobreza de millones de personas no tiene relación con los ideales de la revolución. Cuesta no se equivoca al pensar que detrás de la noble retórica revolucionaria de la educación a favor de las masas, se esconde un esquema de control político y social. Las instituciones surgidas del nuevo sistema político estuvieron controladas por grupos que sirvieron a sus intereses gremiales, en lugar de convertirlas en un sistema de defensa nacional. Instituciones alejadas de los motivos de la revolución, o como dice Cuesta, depravando moralmente los intereses de las mayorías, fomentando la decadencia moral de la nación. Cuesta tiene razón.

III. Un liberal en la época de oro del corporativismo mexicano

Me pregunto, ante esta circunstancia, si la Revolución mexicana, como algunas personas suponen, no habrá sido un movimiento superficial que no ha podido modificar las bases profundas de nuestra cultura política; si, al fin, podrá ser sustituido por formas más civilizadas el paternalismo tradicional de nuestros regimenes gubernativos.

Jorge Cuesta, “La decadencia moral de la nación” (1935).

En diciembre de 1932, Jorge Cuesta ve cancelado su ambicioso proyecto editorial. La revista *Examen*, que pretendía continuar y ampliar el esfuerzo de *Contemporáneos*, es censurada después de la publicación del tercer número. El pretexto es la publicación de un fragmento de la novela *Cariátide*, de Rubén Salazar Mallén. Según un grupo de periodistas de *Excelsior*, su lenguaje atenta contra la moral revolucionaria. Cuesta es director de la revista y responde con enojo a las acusaciones en distintas colaboraciones periodísticas. En una de ellas señala las características de la revista y el sentido de su consignación.

Examen es un periódico cuya periodicidad está vinculada a la pobreza de sus colaboradores habituales. Tira hasta 1 000 ejemplares. No se ve ni se vende en las calles. Lo compran en la revista trescientos heterodoxos, superrealistas o vanguardistas, unos, y otros que nada más han estado en París. Así pues, la consignación de *Examen* no significaría mucho para el mundo intelectual mexicano, si no se condenara en la efigie de *Examen* a la libertad de expresión.

Y más adelante

... lo que significaría que las autoridades judiciales se conviertan en servidores de esta “moral pública” y satisficieran, persiguiendo una obra de cultura, condenando su

libertad de expresión, a los que la persecución de ella no esperan sino mayores utilidades pecuniarias y no ningún progreso de la cultura pública, no ningún beneficio de las obras espirituales del país.²⁹

Por supuesto que hay un ataque político contra Cuesta y sus compañeros literatos. Algunos tienen que renunciar a sus cargos en la Secretaría de Educación. No debe olvidarse que escandalizados por la homosexualidad de algunos miembros de *Contemporáneos*, la Cámara de Diputados crea un Consejo de Salud Pública, con el fin de evitar su incorporación a la vida política o burocrática.

Cuesta entiende el debilitamiento de las libertades individuales. Considera que eso implica una traición a los principios políticos de la Constitución de 1917, vinculada directamente en su origen con aspiraciones liberales. Por ello culpa a la joven burocracia mexicana de desviar los propósitos de la Revolución a través del pensamiento socialista y otras tendencias radicales:

... es interesante hacer notar que el cambio se ha verificado en unos cuantos años, dándose el extraño espectáculo que la generación que era liberal en 1917 aparece hoy convertida en dogmática, de tal modo que en 1934 parece comenzar a obtener como fruto político precisamente todo lo contrario de lo que en 1917 se proponía. Pero el fondo de este fenómeno es aún más sorprendente, ya que consiste en la paulatina penetración que han tenido en la política mexicana los lamentables productos de la depravada política internacional, penetración que se ha verificado a través de las generaciones posteriores, corrompidas por la facilidad que han encontrado, gracias a

²⁹ Jorge Cuesta, "La consignación de Examen" (1932), *op. cit.*, t. I, pp.206-209.

las doctrinas políticas en boga, para eludir la responsabilidad de fabricar el auténtico destino nacional a que la Revolución aspiraba.

El pensamiento político de 1917 sabía lo que quería; tenía una profunda conciencia de su responsabilidad; se había madurado a través de una larga y penosa reflexión, en medio de una lucha intensa que lo obligaba cada día a justificarse y a robustecerse...

Pero en vano los jóvenes tuvieron un acceso ilimitado al poder; la juventud no encontró, en esa maravillosa libertad que la Revolución le había tan penosamente conquistado, sino una autorización para improvisar y satisfacer su vanidad fácilmente... Pero la más desastrosa consecuencia es que, a fin de ocultar su incapacidad y su fracaso, esta acción ha culpado a la propia libertad que no supo emplear sino para corromperla, pretendiendo enseguida que, puesto que la libertad se corrompe, la incapacidad y fracaso han sido de la Revolución, por haberse apegado a una Constitución liberal.³⁰

En un interesante ensayo, José Antonio Aguilar Rivera se refiere a esta cuestión. La Constitución de 1917, al otorgar facultades plenas al presidencialismo, limita seriamente las pretensiones de libertad individual. Como señala Aguilar, las garantías individuales plasmadas en la ley son combinadas con una serie de derechos colectivos. Califica a la Carta Magna, atinadamente, como una “constitución ecléctica”. El problema es que los derechos individuales (al convivir con garantías sindicales, campesinas) son subordinados a la lógica corporativa.³¹

³⁰ Jorge Cuesta, “Crisis de la revolución” (1934), *op. cit.*, t. 1, pp. 296-297.

³¹ Antonio Aguilar Rivera, “El liberalismo cuesta arriba 1920-1950”, en *Metapolítica*, México, núm. 32, vol. 7, (noviembre- diciembre 2003), p. 36.

Aguilar propone una interpretación que explica el deterioro del sistema institucional mexicano. Sus estudios se centran en el análisis crítico de la Constitución y de las instituciones surgidas de ella. Sostiene que:

La idealización del pasado –y, a últimas fechas, su satanización– ha impedido que hallemos explicaciones adecuadas al fenómeno más notable de la experiencia política hispanoamericana en los últimos doscientos años: la palmaria separación entre el país legal y el país real que resultó del establecimiento en esos países de constituciones y leyes liberales. Las interpretaciones que hacen énfasis en la “cultura” y “el patrimonialismo” y en la “ausencia” de ciudadanos son, en general, deficientes. Por el contrario, me parece que el papel desempeñado por las instituciones no ha sido cabalmente comprendido. En un primer momento, los liberales mexicanos pagaron los costos de adoptar un novísimo modelo institucional y después simplemente fueron, como diría Emilio Rabasa, malos ingenieros constitucionales.³²

Posteriormente, refiriéndose al proceso surgido de la revolución afirma:

En la Constitución de 1917, y en muchas leyes, se encuentran entremezclados los elementos antiliberales y liberales que le dieron sustento al peculiar régimen posrevolucionario. Ese sincretismo no era coherente, pero sí flexible; por eso el pragmatismo fue su seña distintiva. Así, los gobiernos “emanados de la Revolución” pudieron proclamar en los treinta la “educación socialista” y en los noventa el “liberalismo social” [...] El marxismo leninismo era un cuerpo de ideas coherente y por ello pudo ser descartado en bloque. En cambio, la “ideología de la Revolución Mexicana” fue un vago conglomerado de principios y programas contradictorios.³³

³² *Ibid*, pp. 34-35

³³ *Idem*.

Desde sus orígenes, la Constitución de 1917 fue el acuerdo nacional derivado de la guerra civil sostenida por distintos ejércitos. Fue un acuerdo plural. En el Congreso Constituyente ninguna de las facciones militares tuvo un predominio absoluto. De hecho, una serie de reivindicaciones sociales de los grupos militares derrotados fue incorporada al texto constitucional. Distintos estudios históricos demuestran la inclusión de demandas sociales provenientes de pactos políticos previos, como los establecidos en la Convención de Aguascalientes de 1914. La Constitución es una gran negociación nacional, pero las garantías ciudadanas no serían prioridad en los años siguientes.

Cuesta comprueba en su experiencia personal este deterioro de las libertades individuales y da testimonio de la desvinculación que las leyes han tenido respecto a sus orígenes ideológicos y constitucionales: el liberalismo. La Constitución y sus instituciones públicas no posibilitan siquiera la ampliación de las libertades ciudadanas. Todo lo contrario: la presencia del régimen presidencialista privilegió las dinámicas políticas corporativas, reduciendo o anulando las expresiones políticas individuales. El resultado fue una Constitución emanada de aspiraciones federalistas, democráticas y liberales que, por las circunstancias y peculiaridades históricas, se convirtió en la justificación moral de un sistema político centralista, antidemocrático y antiliberal.

Las prácticas políticas y culturales del nacionalismo político pretenden concentrar a la mayoría de los sectores sociales (sindicatos obreros, confederaciones campesinas y a militares que se quedaron sin guerra), eliminándolos como posibles adversarios. Por esta razón, cuando los gobiernos surgidos de la Revolución los incluyen en su programa político, los someten a las reglas del nuevo sistema. Ante esta estrategia política, Cuesta critica las políticas de planificación que reducen la acción del gobierno al seguimiento de un programa, en contra de toda acción revolucionaria. Por ejemplo, cuestiona el proyecto del presidente Cárdenas, pues en él desaparecen las competencias del poder legislativo, en sentido contrario al de cualquier visión moderna de la democracia: “En el ‘Plan Sexenal’ aparece una política anticonstitucional y contrarrevolucionaria que no se identifica ni particularmente con Calles ni con el régimen originado en la Revolución.”³⁴

Cuesta prefiere pensar que un revolucionario es quien mantiene una distancia crítica a su entorno inmediato, quien se rebela contra la sociedad. Es revolucionario quien se preocupa por mantener una actitud crítica y vigila el cumplimiento de las aspiraciones revolucionarias, sometiéndolas a permanente examen, buscando una explicación de la trayectoria de la Revolución y sus anhelos liberales sustentada en la historia.

³⁴ Jorge Cuesta, “El plan contra Calles” (1934), *op. cit.*, t. 1, p. 325

No hay que buscar otro propósito en el antiliberalismo que prospera actualmente en México que el de excusar una acción política que no ha sabido estar a la altura de su responsabilidad. Si en la prosperidad contemporánea de las doctrinas políticas antiliberales parece encontrar una justificación y hasta una oportunidad de ennoblecerse, presentándose como la más avanzada tendencia, como la doctrina del “momento presente”, no es imposible advertir que el antiliberalismo de otras naciones está satisfaciendo el mismo fin de ocultar y justificar una incapacidad moral semejante... Y en cualquier lugar donde el antiliberalismo prepondera, se observa el divorcio intelectual entre la política y la cultura superior que se ha verificado en México al desvincularse críticamente, del político, el pensamiento de la enseñanza universitaria.

La actual situación del pensamiento político mexicano es clara: el liberalismo constitucional está peligrosamente amenazado por esta pasional actitud dogmática, de reciente origen. Esta situación se ha creado y se mantiene a la sombra de una confusión intelectual que permite considerar como reaccionarias a cualquier nueva tendencia liberal y a la Constitución de 17 y como revolucionarios y avanzados los actos que reflejan indistintamente el sacerdocio de Stalin, el sacerdocio de Hitler o el sacerdocio de Mussolini. Sin embargo, no es aventurado asegurar que el liberalismo mexicano habrá de sobrevivir a la confusión que pone en peligro a las auténticas aspiraciones radicales de la nación, las que han hecho que la Revolución deba considerarse como la legítima continuación de la Reforma, y que no deba confundírsela con el retroceso de la política hacia formas irreflexivas, sentimentales o primarias.³⁵

Seguramente esta actitud crítica explica muchos de los aspectos complejos de su vida y obra. Cuesta experimentó la dificultad de tener la razón sin los demás. Solitario en medio de sentimientos colectivos, vacilante entre ideologías autoritarias, o como él mismo menciona, ante un sentimiento colectivo que lo despersonaliza y lo convierte en extranjero de sí mismo. Angustiado ante su espejo, con una incertidumbre semejante a la de su viejo soneto:

³⁵ “Crisis de la revolución” (1934), *op.cit.*, t. I, pp. 297-298

Un errar soy sin sentido,
y de mí a mí me traslada;
una pasión extraviada,
y un fin que no es diferido.

Despierto en mí lo que he sido,
para ser silencio y nada
y por el alma delgada
que pase el azar su ruido.

Entre la sombra y la sombra
mi rostro se ve y se nombra
y se responde seguro,

cuando en medio del abismo
que se abre entre yo y yo mismo,
me olvido y cambio y no duro.

Jorge Cuesta
La tinta en el mural

Afirma el poeta José Emilio Pacheco que Jorge Cuesta es el único escritor mexicano con leyenda. Creo que eso no tiene importancia para el análisis de su trayectoria intelectual. A la historia de las ideas puede interesarle más los argumentos de su resistencia a la política nacionalista, que el anecdotario a su alrededor. Prefiero seguir los consejos de Pacheco –quien siempre ha predicado el acercamiento a las obras y no a las biografías de los autores- y seguir las ideas políticas y estéticas de Cuesta. En su obra puede reconocerse a un artista e intelectual que se preocupa por los asuntos de interés general y defiende sus posiciones en la tribuna pública, a pesar de las presiones del poder político. Esta actitud que combina valentía con la honestidad intelectual, es motivo de admiración.

Un día caminaba por algunas cantinas del Centro de la Ciudad de México, con el objetivo de realizar un trabajo académico. Me encontré, por razones que no recuerdo, en el mercado del Conjunto Abelardo Rodríguez, cuya estructura comparte con el Teatro del Pueblo. Debí perderme en sus confusos corredores. En algún momento, me detuve a mirar sus prolijos murales. Los tratamientos temáticos y lugares comunes de la posrevolución. En ellos se podían apreciar los indicios del ocaso de la escuela muralista. Cuando iba a retirarme, alcancé a distinguir algunas inscripciones en la parte inferior de los murales. Ellas

constataban el nivel de responsabilidad y preocupación hacia las obras artísticas de las autoridades correspondientes. Por ejemplo, en un mural de O'Higgins pude leer: "Marco Antonio y Lupita", y otra leyenda decía más o menos así: "Gato 3º B, te amaré por siempre... Martha Alicia, 2º B".

Creo que los trabajos de Cuesta realizan una operación semejante con la retórica del muralismo y del arte nacionalista en general. Imagino a Cuesta caminando por el edificio de la Secretaría de Educación, acercándose con discreción y serenidad al mural "La justicia proletaria y la mecanización del campo", del afamado Diego Rivera (quien se encargó de caricaturizar a los "Contemporáneos" en otros murales). Espera la menor distracción de los oficiales de seguridad y, sacando un bolígrafo de su elegante saco gris, escribe con pequeña letra manuscrita: "Lo que cuenta este mural no es totalmente cierto..."

Bibliografía

- Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México, Porrúa / Centro de investigación y docencia económicas, 1998.
- Anderson, Benedict, *Las comunidades imaginarias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Bartra, Roger, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés, 2002.
- *La Jaula de la Melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1997.
- *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés, 2002.
- Berlin, Isaiah, *Árbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992.
- *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1988.
- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Cerutti, Horacio, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, UNAM/Porrúa, 1997.
- Cuesta, Jorge, *Obras*, México, El Equilibrista, 1994.
- Debrouse, Oliver, *Figuras en el trópico, plástica mexicana 1920-1940*, Barcelona, Océano, 1986.
- Domínguez Michael, Christopher, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana en el siglo V*, México, Era, 1999.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana, tratado de moral pública*, México, Colegio de México, 1992
- Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los Años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989.

- Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1985.
- Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada: la formación del nuevo estado en México, 1928-1945*, México, Secretaría de Educación Pública/ Siglo XXI, 1986.
- Gellner Ernest, *Naciones y nacionalismos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ editorial Patria, 1991.
- *Encuentros con el nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1994.
- Grant Silvester, Nigel, *Vida y obra de Jorge Cuesta*, México, premia, 1989.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995.
- *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Katz, Alejandro, *Jorge Cuesta o la alegría del guerrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Monsiváis, Carlos, *Jorge Cuesta: las libertades de la inteligencia*, México, Terra Nova / Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la juventud, 1985.
- *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX.*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000.
- *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, México, Era, 2000.
- Novo, Salvador, *La estatua de sal*, prolog. de Carlos Monsiváis, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Panabiere, Louis, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta, (1903-1942)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Portilla, Jorge, *Fenomenología del relajo*, México, Fondo de Cultura, 1997.
- A. van Dijk, Ten, *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, E. U., Ediciones del norte, 1984.

- Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós 1994.
- Souriau, Èthienne, *La correspondencia de las artes. Elementos de estética comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Segovia, Francisco, *Jorge Cuesta: la cicatriz en el espejo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Ediciones Sin Nombre, 2004.
- Sheridan, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Tur Donatti, Carlos Mariano, *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.
- Varios, *El ensayo en Nuestra América. Para una reconceptualización*, México, UNAM, 1993.
- Vázquez de Knauth, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*, México, Colegio de México, 1975.
- Villaurrutia, Xavier, *Antología*, prólogo y selección de Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.